

mientras que, por el contrario, inconscientemente, se afirmaban en un divismo solitario que miraría peyorativamente al hombrillo común de la calle o los intereses rapaces de la política. La lucha de clases (como beligerancia salvadora) aparece desde este prisma como un ente abracadabrante, siglos ha muerto, optimismo aplastado en los años veinte. Como consecuencia, el nihilismo más devanescente y ombliguista, cuya única salvación será la masturbación de la palabra y la hipnosis de la belleza formal como sujeto. Pero surgirá una voz que, ante el producto ya editado, nos avisa de la inutilidad del esfuerzo: producto que no interesa, que nadie verá, que no será aclamado estimulando nuestra necesidad narcisista; la amargura de comprobar, una vez más, que no somos dioses soberbios, y que, por el contrario, nos importan los demás, el abrazo del hombre anónimo. Hijos de una cultura falsa, pues ha sido creada, no sólo por una clase salvajemente explotadora, pensando en un punto abstracto del vacío, lejos de la comunicación con el posible hombre real, lejos de una busca humilde de esa realidad colectiva, y si utilizada como transferencias e inhibiciones de represiones y tabúes que esa clase necesita imponer para gobernar y sacar su provecho metálico. Hijos contradictorios, desplazados o desarraigados ya de otra posible vía, pues la mente, la comprensión última del problema, no será capaz ni suficiente de transformar con su comprensión nuestros impulsos, nuestros sentimientos, nuestros estímulos. Biología y razón se oponen aquí, y ofrecerán hombres como Larko, cuyo desarraigo con la vida social es supremo, muy lejos de asentir, de verse realizado con sus aspiraciones colectivas. La actitud de Larko, sorprendido en medio de una manifestación de obreros y estudiantes, es deprimente, característica quizá de este tipo de intelectual que no ve más que el hecho pintoresco de la represión policial, sin asentir emotivamente con el problema, como si éste o él fuera de otro planeta; hasta que, viéndose directamente amenazado, huye aterrizado, como de una pesadilla, del castigo represivo del padre de la infancia al que aún no se odia y sólo se teme.

Podrían analizarse otras claves, muerte del padre y sexo; atracción hacia la belleza de la mujer, a la que es posible ver



aún sin contaminación, pero cuyo encuentro o contacto no irá más lejos de leves impresiones, inmediatamente borradas o reprimidas por la amenaza ética del padre de la infancia; la muerte del padre se opone a Marita, a la salvación posible que ella ofrece. A un tiempo, la muerte del padre, realiza, dibuja

perceptiblemente la soledad absoluta del hombre: se ha cortado el cordón umbilical, le han dejado definitivamente solo. Es absoluta la dependencia hacia el autoritarismo, de tal manera que se hace imposible seguir, pues si bien ha muerto el perro, también la rabia.

Pero a Larko y a gran parte

**“Galeradas”: Ayuda al lector**

Tres librerías de Madrid —Fuentetaja, Belagua y Rafael Alberti— se han unido para editar un boletín de información bibliográfica: “Galeradas”. Un poema inédito de Rafael Alberti, dedicado a Pasolini, abre el primer número, que lleva también una bibliografía sobre el asesinado creador italiano en castellano y catalán. Junto a ello, una relación crítica de colecciones de literatura infantil, una bibliografía sobre un tema tan actual como el de sindicalismo (más de cien títulos) y, finalmente, una guía de novedades.

Este primer número marca en cierta manera la pauta de lo que pretende ser este boletín, que tendrá por ahora una tirada de 5.000 ejemplares y se venderá exclusivamente en librerías. Más que un escueto boletín, función que desde luego cumple, “Galeradas” se presenta también como “revista cultural embrionaria”, y, como tal, aporta opiniones y textos originales, intentos de recuperación de autores más o menos olvidados, etc. De la unión de información y opinión, de la resultante de información con arreglo a un cierto criterio, la publicación que ahora comienza puede llevar al cumplimiento de una antigua función del librero, hoy casi desaparecida: la de orientar al lector —siendo a la vez banco de datos bibliográficos y consejero de lectura entre la selva de títulos que, afortunadamente, crece hoy en el mercado editorial español. ■ V. M. R.

de nosotros hay algo que nos enuncia la mente de una tímida náusea, la convicción, la certidumbre de nuestra impotencia, que cualquier gesto, cualquier palabra, cualquier hecho tiene una explicación previa, además de vulgar, que ha sido repetida millones de veces y que su origen es anterior a nosotros, al presente que los produce; al mismo tiempo, tenemos la certeza estadística de que hay un número cuantioso de individuos en el mundo que a la vez hacen lo mismo, piensan o sienten lo mismo; certeza o conocimiento este que desintegra nuestra identidad. ■ FEDERICO LOPEZ-PEREIRA.



**Cantes de José Menese en la Galería Aele, de Madrid**

Estaba bien elegido el sitio para presentar el nuevo disco de RCA con cantes de José Menese y con el título —misterioso título para un disco de “cante jondo”—, de “La palabra”. Estaba bien elegido también el título para la presentación de esos nuevos cantes, por dos razones: la primera, porque en esa galería hispánica de la América pobre se cultivan una amistad y una devoción por los artistas genuinos y, por supuesto, por los cantos genuinos; la segunda, porque se trata de una galería de arte moderno, es decir, como piensa el propio Menese, “de arte jondo”, porque, como me dijo en una ocasión frente a reproducciones de Tapies y de Saura... “... Yo no entiendo de esto, pero esto debe ser como ‘lo jondo’ de la pintura”.

Y estaba bien elegida la hora: Después de las diez y media de la noche y hasta la hora de los

gallos del alba... La hora de los duendecillos de la noche —los "martinillos", como llaman en algunos lugares de la Baja Andalucía a los duendes infantiles del sueño o, en diminutivo, "los martinetes"—. Una hora discreta y en un lugar discreto, pues el sitio de Aele era un sótano casi de ultratumba.

La presentación del disco de RCA no consistía en oír el disco, sino en oír de viva voz a los artistas que figuraban en él: José Menese, cantando, y Enrique el de Melchor con su guitarra. Falta esta vez, por estar en Sevilla, el guitarrista Manolo Brenes. Enrique es, nada menos, hijo de Melchor de Marchena, que tiene en su padre al mejor de los maestros posibles de la guitarra jonda y flamenca. Y ambos, Menese y Enrique el de Melchor, son prácticamente paisanos (con tres leguas de diferencia —Enrique, de Marchena; Menese, de la Puebla de Cazalla), ellos son de la geografía más estricta del cante jondo de la provincia de Sevilla: por allí cerca está Morón de la Frontera, de donde era el gran Silverio, y Utrera, de donde era La Sarneta —y la Fernanda y la Bernarda—, y por ahí está también Alcalá de Guadaíra, en cuyas cuevas nació y vivió Joaquín el de la Paula... Y es curioso: si me pongo a evocar los grandes nombres creadores del cante jondo, me encuentro con un proletariado radical... Y es que así fue ese arte, por lo menos en sus orígenes conocidos.

Por eso, cuando Menese, ahí, en esos cantes que cantó la otra noche, sacó aquel tono y aquellos argumentos reivindicatorios y acusadores, en el fondo no hizo más que volver a la vieja tradición de los orígenes creadores de esos cantos de marginados, de "humillados y ofendidos". Sólo cuando ese arte, con el tiempo, se profesionalizó por completo, abandonó su tono admonitorio y se hizo festero y desimplicado... Pero cuando Menese vuelve a la acusación, lo que hace en realidad es volver a su tradición más genuina...

Pero volvamos a aquella noche. Cantó Menese algunos cantes que parecían festeros y sin garra, pero que iban adquiriendo de pronto la garra y hasta la angustia a medida que los argumentos se iban dibujando y que su voz se iba endureciendo... Porque la "jondura" de lo jondo no consiste en sacar a relucir la voz del virtuoso, sino, al contra-

rio, la voz dura y difícil de los hombres. Y cantó en un principio tangos y tientos, pero en los que el argumento iba despojado de su aire de fiesta. Cantó luego cartageneras —un cante muy melódico, en cuyo origen primero está la malagueña—, pero ahí como en todas partes, en todas las canciones de ese disco, aparece siempre como fundamental argumento la libertad. "La libertad", "la libertad o la muerte",

justifica y explica el título general del disco: "La palabra"... como indica la portada del disco. Pero no todo estaba en ese tono. Cantó Menese, por ejemplo, unas coplillas, con música de guajira (la guajira es un cante que nació gaditano, que se transformó luego en Cuba, como su propio nombre indica, y que volvió luego a la España del Sur, donde es un cante muy popular)... cantó, digo, una guajira

buscan la aurora, pero sin abusar de ello, terminamos la reunión de cante jondo, después de haber bautizado ese disco que se llama "La palabra" y que —yo añadiría— se refiere, casi exclusivamente, a la palabra "libertad". Me parecen bien esa palabra y esa preocupación ahora que todos los españoles la andamos buscando. ■ JOSE M. MORENO GALVAN.



José Menese.

por todos los rincones de esa colección de cantes, como una obsesión, como un dogal que atezca el cuello del cantaor, la palabra libertad convive y conmuere con el intérprete y con el auditor; está ahí, se enrosca a nuestro cuello y a nuestra cintura. Esa palabra es el verdadero argumento y la verdadera obsesión de todo el disco. Tanto, que yo pienso que esa palabra, "la libertad", es la que en definitiva

llena de gracia, donde se cuentan las virtudes honorables de una familia del Sur, pía y reaccionaria, que no daba ni la hora, pero que era un dechado de perfecciones ancestrales... Y entró luego en los dominios de los cantes mayores —la soleá y la seguiriya, por ejemplo, las de Juaniquí—, que pusieron la reunión en el tono "jondo" que se pretendía.

A la hora en que los gallos

## TEATRO

### El Lebril Blanco y su premio teatral

El grupo no figura, en razón a su composición, en ese pequeño censo del teatro independiente que anda de un lugar a otro. Cincuenta personas procedentes de diversos sectores sociales, ligadas en su inmensa mayoría a empleos que sólo dejan libres los domingos y festivos, es un condicionamiento que obliga a concentrar el trabajo teatral en la propia ciudad. Y, sin embargo, para quien quiera tener una visión descentralizada de nuestro teatro, el caso de El Lebril Blanco, de Pamplona, es, sin duda, importante y, en muchos aspectos, ejemplar. Fundado en el 71, con local propio —277 localidades— desde septiembre del 75, ha montado numerosas obras infantiles y, entre otros títulos para adultos, "Yerma", "El retablo del flautista", "La creación del mundo" —de Lope de Vega— y su mayor éxito hasta ahora: una versión de "1789", el gran espectáculo del Theatre du Soleil, incluyendo, como es lógico, una serie de connotaciones de la Historia de España. Ahora realizan una campaña por los pueblos de Navarra con "La posadera", de Goldoni —en una versión musical que toma en consideración la que hizo Guerrero Zamora—, mientras ensayan un espectáculo que promete ser polémico e importante: un análisis del carlismo, a través de una estructura que, lógi-